

¿Pero, y tú "mi-mundo", JEN-NA?

L. Serrot



Capítulo 1

¿Pero, y tú 'mi-mundo', JEN-NA?

1

¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Qué puedo hacer?: ¿acaso estas preguntas tienen valor cuando estoy tan alienada?

Jenna contaba los días para desarrollar su pasión en el fondo de su mente. Planes trazados de manera fragmentaria e ilusiones que se pisaban unas a otras en una competición por salir con vida de un agujero estrecho.

Se aferraba a una suerte de certeza que se resbalaba como la mantequilla cuando la intentaba agarrar con las manos.

Ya ni si quiera noto que haga las cosas para mí misma, pensaba. En todo hay detrás un porqué supeditado a algo fuera de mí. Me siento en el interior de un juego que me obliga a jugar pero que quiere sólo mi carne y no mi alma. ¿Hay algo más allá de esta sensación de fugacidad y rapidez impertinente?

Caminaba cerca de su casa, por un caminito rodeado de árboles cobrizos crepitantes. Una bandada de pájaros pasaba rozándole para adentrarse en la frondosidad a su derecha.

Estoy harta de buscar y encontrar para después volver a tener que buscar y encontrar en un ciclo infinito de espejismos, continuaba. Siempre a la caza.

De un tiempo a esta parte tenía un sueño recurrente en el que cuatro figuras gigantescas se le aparecían en mitad de escenas cotidianas y ella se perdía intentando seguir las.

Parecían cansadas, pero juntaban sus manos en una clase de rezo ritual. La miraban de reojo y olían a tierra y humedad; más el olor no era del todo desagradable: sentía que le transportaba al misterio sin forma de las tardes en el bosque de la infancia.

El camino se bifurcaba de manera acusada unos metros por delante de ella. Un búho se quedó varado en la intersección, en una farola que, en aquel momento, se encendía para avisar de la cerniente oscuridad.

Inesperadamente, su foco de visión se vió trastocado: ahora, estaba dentro de aquel búho.

Se veía así misma como desde la ventana de un avión, no porque estuviera lejos, sino porque se percibía como algo impersonal; como un elemento que formara parte de un sistema.

Giró su cuello de búho y realizó una ululación: ¡cú,cú!, ante tal descubrimiento. Pudo observar que su cuerpo humano daba media vuelta y seguía la marcha en dirección contraria. No le dió demasiada importancia.

En su renovada figura, a su vez, donde su consciencia permanecía de manera total, se dispuso a dejar la farola y echarse a volar entre las filas de edificios que tenía enfrente.

Tenía hambre, pero su desacostumbrado metabolismo no le ofrecía demasiadas claves. Sólo contaba con el regusto de algo metálico en su lengua.

Al pasar delante de un parque, se quedó analizando unos segundos las singulares acciones que estaba llevando a cabo un indigente. Este, reunía una fila de cuatro pantallas de tabletas electrónicas que sacaba de un oscuro bolsón de plástico, y, seguidamente, las acoplaba dos ramitas con celo; una a cada lado.

El hombre se sentó en el suelo, aferrándose las rodillas enfrente del semicírculo que había creado. Era como un antiguo homo sapiens henchido de magnificencia ante la primera aparición del fuego y a la vez bajo la juguetona recreación mental producto de la ficción de teatrillo. Se frotaba las manos y aplaudía cortadamente mirando a su alrededor con entusiasmo.

Pasados unos segundos, de las mismas salieron sucesivas caras. Al principio eran huesudas, de boca abierta y dislocada, pero al tiempo, se les hinchaban las mejillas y semejaban cobayas grasientas.

Un ademán de cabeza del indigente le bastó a Jenna para entender que este quería que visionara con él lo que sea que ocurriese después, por lo que distendió sus alas pardas y se posó a unos centímetros de su ahora acompañante.

Un aire de extrañeza se extendió entre el coro de caras mientras mascaban algo, cambiaban de la delgadez a la gordura y se miraban unos a otros realizando una vibrante rumia.

El que estaba más a la izquierda fue el primero en hablar:

-¿Por qué te muestras así de tímida ante nosotros?. Sabes perfectamente que formamos parte de tí. Somos los que avalan todo ese embrollo que llevas dentro. Yo señalo tu causa.

Sin previo aviso, el hombre que hablaba expulsó sangre por la boca, la cual, quedó de tal forma que parecía un rubí engastado en el suelo. A Jenna le rugieron las tripas y le entraron ganas de ingerirla.

En ese momento, no se hacía ninguna clase de cuestionamiento y la vergüenza y el asco que pudiera sentir se encontraban totalmente a merced de su instinto, de un enorme vigor primigenio.

-Este hombre que tienes a tu lado -prosiguió el segundo-, no sabe quién es, no sabe de dónde viene, ni si quiera que sólo es una excusa. Es un medio. Da igual la respuesta clara, si la hay, a tales interrogantes sobre su persona. Es un trotamundos y hoy a dado con uno muy adictivo. El tuyo. Yo señalo tus consecuencias.

Así como el primero, el segundo hombre vertió sangre, pero esta vez coagulada, la cual empezó a conformar un elemento.

El trotamundos miró a Jenna, con los ojos y la frente rasgadas intentando dilucidar un caprichoso esquema.

-Tú, en cambio, desprendes una energía muy hostigadora -continuó el tercero, al que se le atragantaron las palabras al pasar de la delgadez a la gordura-. Principalmente para tí misma, pero también para los que te rodean. Como si dieras vueltas a aquel globo terráqueo que te regalaron en un cumpleaños intentando señalar a un lugar fijo sin conseguirlo. Yo señalo tu cometido.

La sangre, que manaba como un grifo de este, dio movimiento al objeto, que se estrechaba hasta un filo.

-Hoy vienes con vestido de noche -dijo el cuarto-. Con tu misterio burbujeando en la garganta. Te nos presentas por fin. Date un festín; yo señalo tu deseo.

Finalmente, la sangre del cuarto, pulió y materializó por completo al objeto. Una espada granate. Vivaz.

-Esto es lo que quería -dijo Jenna-. Aquí es donde quiero anidar para tomar ímpetu. Dio varios saltitos, que le acercaron hasta la empuñadura. Desde ahí, comenzó a lamer el frío acero, hasta que su lengua se dejó plegar al gusto de este.

Tras esta escena, la imagen nos retrotrae, o lleva, en verdad no importa, al momento en que Jenna ve un búho de mirada inquisitiva en un cruce.

Este, vuela hacia la jungla de edificios que tiene delante y Jenna, da media vuelta, porque recordó u olvidó algo.

2

Ahora iría a casa de Dante, un chico con el que llevaba viéndose tres meses.

Le parecía cariñoso y detallista, además de una persona, a su entender, culta, de aquella forma, eso sí, que acaba inevitablemente asomando a través de la pedantería y la intransigencia; pero al poco parecía ser consciente de ello. *Yo creo que no soy consciente de nada, a veces pienso que necesitaría un espejo delante para saber que estoy respirando.*

Era un tanto despistado y de discurso por momentos atropellado y de mala vocalización, pero solía quedar como una característica curiosa y dulce. *¿Curiosa y dulce como un desagüe por el que borbotea chocolate pasado? No, o...no, ¿no?*

Definitivamente, no estaba enamorada, pero se sentía a gusto, e incluso podía verse con él a largo plazo.

Dante afirmaba querer ser escritor, pero Jenna se daba cuenta de que no conseguía enfocar esa intencionalidad y que los motivos detrás de tal empresa probablemente obedecían más al hecho de que necesitaba desesperadamente dar un sentido a su vida.

Pero sólo de una manera alquilada y para distraerse de las constantes dudas acerca de su valía y del miedo a no ser alguien en la hiper-rápida sociedad de la identidad por estímulo. Como si estuviera haciendo uso de una suscripción con fecha de caducidad hasta poder aferrarse a otra de igual naturaleza. *"Hay que escribir todos los días, aunque sea un poquito, para no perder el norte", ¿lo dice un humano o un robot, Dante?*

Era malamente reconfortante saber que tenía a su lado a alguien igual de perdido que ella. Una persona a la que poder echar en cara sus fracasos aduciendo que su falta de foco vital le cortaba las alas.

Probablemente ambos se utilizarían a ese respecto, decidió; puede que fuese un mal menor en la vida de alguien con un superyó tan fastidioso como el de ella.

Dante vivía en el centro de la ciudad. Jenna, que vivía en la periferia, tenía que andar quince minutos hasta el primer autobús, que le dejaría a unos dos minutos a pie de su bloque de pisos.

Eran las siete de la tarde, pero ya era una noche bien entrada de finales de año. Las pinceladas de niebla sobre su cabeza se alzaban como escapes lactosos de cigarro sobre un telón negro.

Pasó cerca de un antiguo boticario, con la fachada de madera y un cartel ondulante con las siglas: 'La Botica del Sol Interior'. Jenna juraba no haberlo visto nunca.

Ya que aún le quedaba algo de tiempo para que llegase su transporte y la parada estaba cerca, pensó que sería una buena idea echar un vistazo.

Tienen algo estas tiendas por las que parece que no pasa nadie, pero que es fácil advertir que son como un nodo que una con costumbres ya olvidadas, se dijo. Están fuera del torrente, pero se niegan a desaparecer. Se asfixian respirando su propio aire, pero eso sólo las mantiene más ligadas a su ensoñación.

Las cuatro paredes del establecimiento compactaban un ambiente que resaltaba en colores anaranjados. Montones de botes de diferentes colores se apilaban a los lados y al fondo.

Había un alargado diván en el centro y una mesita al lado, con una radio vintage y una figura de madera que sostenía en la cabeza una taza con una cuchara. La figura giraba alrededor de la radio.

'No eres tuya, debes desprenderte de las-de las huellas de ocaso; salir, orbitar, sobre lo que dejó tu paso...'. Una tonada de trompetas, piano y platillo se deslizaba fuera de la radio. La figura movía las caderas al rodear la música, mientras intentaba que la taza no se cayese de su cabeza.

Al ver a Jenna interrumpió su actividad y comenzó a hablar:

-¿Hola? buena señora del espacio en el espacio. Me presento: soy La Boticaria. '¡Qué original!', me dirás con sorna y encogiendo los hombros y no caerá en saco roto tu energía, pero, entenderás también, que un profesional se debe a un título, por mor del intercambio que ocurrirá o sería deseable que ocurriera en su tienda.

Jenna se quitó una pluma parda del hombro, y asintió, sin entrar a sopesar y sabiendo, que hay entramados fuera de la continuidad y la lógica. Que hay veces en que no se puede evitar caer un poco más arriba

o más abajo.

-Cómo habrás visto -continuó la figura-, tengo en mi cabeza una taza. No sabes lo complicado que es que no se desprenda nada de su contenido mientras doy vueltas alrededor de la música... De tu música JEN-NA.

-¿Mi música? -replicó Jenna, sintiéndose avergonzada por el cuestionamiento.

-Así es -dijo la figura, mientras bajaba la taza a la superficie de la mesa con esfuerzo; las vetas de su cuerpo contrayéndose en diseños elegantes-. Creo que ya está.

La música cesó.

-No imaginas lo complicado que ha sido esperarte mientras removía su contenido y lo marinaba al ritmo de la melodía -prosiguió-. Es un producto echo a tu medida, con las razones que te dan las licencias necesarias para hacer lo que harás esta noche. Por supuesto, es inédito, y ha sido vendido a un precio sin igual. *Certificado* por el mundo.

La figura echó un último vistazo al interior de la taza y tras un gesto de aprobación, sonrió a Jenna con ternura.

-Por favor, tumbate en el diván. Quiero darte una experiencia como es debido.

-No creo que... ¿Qué haré esta noche? -alcanzó a murmurar Jenna-

-Eso es parte de un contrato de confidencialidad, querida -dijo la figura, con algo de condescendencia-. Tener reparos es normal, pero no debes preocuparte, esto ya lo han pagado tus cuatro amigos. Tumbate, por favor.

Jenna se tumbó en el purpúreo diván sin dejar de mirar a la figura.

-Bien... Las razones han sido profundamente tratadas -prosiguió la figura, sopesando la cuchara con sus manos- y han tenido su propia cadena de elaboración. Hemos tenido en cuenta tus deseos y las leyes del mundo. Se les ha dado una justificación de primera.

Jenna se quedó absorta viendo las refracciones de los botes mientras escuchaba a voz en off a la interlocutora.

-Entre estas razones destaca la inmisericordia de la realidad: ¿no hay alivio para todo el mundo, cierto? -inquirió la figura-. Algunos están contentos construyendo un castillo de arena, pero otros, como tú, necesitan una catedral. Necesitan coronar el sistema; mártires para su

causa. Un florido drama. ¿Te sientes cómoda con mis palabras?

-No sé a qué te refieres... -replicó Jenna, con un nudo en la garganta-. Yo hago todo lo que puedo por no hacer de mi vida un centro de atención.

La figura puso una cara de asombro demasiado humana y dio cuatro golpes en la taza.

-Y muy bien dicho, yo me refiero a los otros, por supuesto. Con sus limitantes sistemas y sus reactivas mentes demandantes y enjuiciadoras. Siempre pendientes de las aburridas operaciones mundanas y de sus cartillas de logros y fracasos. Sobre todo los más cercanos... ¿Verdad que atosigan y no parecen querer ver más allá de todo eso? Mientras tú te esfuerzas para nada por hacerles entrar en el camino sabio y puro.

-Sí... eso siento a veces -reconoció Jenna, notando su orgullo en el pecho y obviando las notas de autocompasión.

Se dieron unos minutos de silencio que la figura empleó para escalar el diván, acercarse a Jenna y acariciarle la mejilla.

-Normal, querida. Tú estás echa de otra pasta y el mundo sabe cuándo tiene delante a alguien que puede cambiar las cosas, aunque no lo creas. Por esto, toma ahora el contenido de esta taza y relájate. Pero recuerda no atragantarte con tantas razones...

La figura hizo un gesto de cabeza dirigido a la taza.

-Ehm... vale -dijo Jenna, y, seguidamente, bebió el contenido de una sentada; quedándose dormida con las dos manos aferrando la taza.

Al abrir los ojos, se percató de que estaba en una farmacia y que se había quedado dormida apoyando la cabeza en uno de los estantes donde se encontraban cajitas de diversas marcas de ansiolíticos. Una de ellas era una figura con una taza sobre la cabeza.

Una voz que le interpelaba se aproximaba por su espalda:

-¿Está bien, señorita? -inquirió el farmacéutico, tocándole el hombro-, ¿necesita ayuda?

-Ah... s-si, estoy bien, descuide -replicó Jenna, que sentía una ligera conmoción y somnolencia-. Ya me iba, gracias.

Dio media vuelta y salió de la farmacia. Unos pocos pasos después, se le pasó el aturdimiento y sólo quedó una fuerte sensación de convicción

hacia algún punto de su ánimo.

4

En el autobús, se sentó al lado de una mujer de mediana edad que se quedó mirando con pasmo la foto de producto de un bolso de piel en su móvil de última generación. Tenía los ojos secos y rojos y su dedo índice no paraba de darle al botón de 'comprar', que no respondía.

No tenía la piel arrugada y vestía de manera poco afectada, pero Jenna le vió por un instante como una vieja gloria llevando un abrigo de 'animal print', trufado de quemaduras de cigarro y con todo el contorno de la boca manchado de carmín. El mismo que manchaba su teléfono en un frenético sacrificio de sangre por el bolso de la pantalla. Un aura pesada y brillante le rodeaba cual súper-guerrero del espacio trasnochado.

En la otra fila de asientos, a su derecha, había lo que parecía una pareja joven. El chico, con un rictus de tristeza palpable, observaba cómo su novia sonreía con ilusión al escribir en su apéndice electrónico correspondiente.

Jenna se imaginó la escena así: un niño bañado en mocos, que sollozaba sobre el teléfono de su negligente y adúltera madre, apartaba los molestos 'me gusta' licuosos que se pegaban al pelo de esta, que iba con una lencería rojo pasión ajustada y que daba una sesión de placer prohibido a quien fuera que estuviese del otro lado.

El conductor se percibía muy lejos y generaba un punto de fuga para ambas escenas. ¿Está moviendo la cabeza de lado a lado como un muñeco cabezón? Al igual es como se hace en estos casos...Digo, para mantener la tensión.

Somos como imanes que repelen sus emociones hasta tal punto que cuando cambia la carga y estas vienen a nosotros, son tan agresivas que nos confundimos con ellas, pensó Jenna. Primero, somos mentes sin ligazón emocional, luego, cuando llega algo que ilumina nuestro instinto atrofiado, sólo somos emociones en almas embotadas. Ya no nos importan la consecuencias, porque no existen, sólo importa mantener el instinto activado. Separados al nacer de nosotros mismos, cristalizando esa separación como forma de vida.

¿Eso que huele a carne quemada es mi cerebro?

5

Al llegar al portal, se sorprendió dirigiendo su mirada a una pequeña 'taja' de graffiti bajo el panel del telefonillo. Esta decía: 'Si hablan, no respondas'. Sobre ella, había una pegatina desgastada de un pato

metiendo la cabeza bajo sus patas.

Apretó el botón del 4ºA y espero unos segundos. La voz de Dante resonó con una peculiar distorsión: <<i>¡Hola!</i>>, dijo. La advertencia bajo el telefonillo le mantuvo abstraída hasta que Dante prosiguió: <<¿Hola?, Jenna, ¿eres tú?>>.

-¡Sí! Perdona, m-me había quedado empanada pensando si me había dejado las llaves en casa, pero las tengo al final del bolso, ¡cómo siempre! Ya sabes, mi giro dramático habitual, ¡jé!

-Guay, jeje..., ehm, no te preocupes, te abro.-Jenna le notó algo apocado-

Un chirrido ronco salió de la puerta al desbloquearse. El vestíbulo se notaba hoy especialmente interrogante, la amarillenta luz cenital de la entrada parpadeó cuando Jenna pasó bajo ella.

El lugar olía a madera empolvada, lo que se mezclaba con el aroma a orín reciente; anunciador de la incipiente jauría de alcohol de un sábado en la ciudad. Esto, junto con la rasgadura que creaba la puerta sobre el parquet reseco de madera, le creó una sensación inesperada de añoranza y angustia.

Cerró la puerta tras de ella y avanzó hasta el final del corredor, donde se encontró la puerta del ascensor, que tenía dos deprimentes chorretones blancos de pintura pasada.

Inexplicablemente, la puerta se abrió sola, y, por su puesto, le llevó al piso cuarto.

Bien pudiera ser interesante verme en medio de un relato corto de realismo mágico, pensó Jenna. ¿Saco la libreta de invocaciones de hadas protectoras domésticas?; de esas feísimas, pero con un súper-as bajo la manga, se dijo con sorna para tranquilizarse. Luego, un pensamiento de contraste le atascó el primero: ¿Dios mío, pero qué haces que no te vas cagando leches de aquí?, ¿es que quieres una taza de cicuta para darle un poco de salsa a tu vida? Te sería más eficiente un tratamiento de electroshock.

Salió del ascensor y se dirigió a la derecha. A unos pocos metros tenía delante la verdosa puerta de madera del piso 4ºA.

Unas extrañas marcas picoteaban todo el centro bajo de la puerta y un montón de serrín se amontonaba en el suelo. Demasiado copioso para la profundidad y cantidad de estas, advirtió Jenna.

¿Inexplicable sobre inexplicable?: perfectamente explicable. Sólo tienes que buscar las premisas que den lógica al aparente sinsentido, se dijo.

Llamó al timbre, no sin obvios reparos, y al punto, el manillar de la puerta bajó poco a poco por el peso de una titubeante... ¿mano?

No había nadie del otro lado.

El piso se encontraba ampliamente iluminado. El escrupuloso orden y los muebles de aspecto minimalista y funcional, hacían ridícula toda concepción surrealista previa, y a la vez, incrementaban el desasosiego.

Jenna se vió intervenida por un molesto y estridente ruido que era como el sisear de una vieja locomotora. Provenía, como pudo recalar en su memoria cristalizada, del salón del piso.

Al llegar al márgen del pasillo y voltear a la izquierda para dar con la estancia, que estaba prácticamente a oscuras, se encontró el suelo lleno de plumas blancas de ave. Avanzaban en una hilera de montones que iban creciendo. En la parte más abultada, al final, había cerca una pequeña lámpara en el suelo, que hacía de única fuente de luz.

En dicho montón, surgía un individuo. Asomaba su cabeza trasquilada, así como su espalda, que se encontraba arqueada. Desde la parte de la escápula hasta el centro las lumbares, brotaban plumas, las cuales, este, no paraba de arrancarse. La cabeza se mantenía gacha y los brazos, de hombros dislocados, se encargaban del trabajo, como las patas de una mosca.

Sólo se oía el sonido de locomotora, apretando sus bocinas hasta la extenuación.

Cuando el sujeto levantó el rostro, Jenna pudo ver que era Dante. Sus facciones hacían un esfuerzo enorme para mantener a raya una emocionalidad que le hacía temblar la cabeza y que al verla le iluminó el cráneo como a una bombilla medio fundida. Le salía humo por las fosas nasales.

El discurso que dió fue el siguiente:

-iYo me pertenezco a mí mismo! No te necesito a tí, ni a tus bendiciones aladas, ni a tus raíles. Soy un *kynizein*, un enunciador y mensajero de la verdad. El que interpela a lo real para que sea conforme a la razón. ¡A mí razón! ¡Soy un filósofo descarnado; espartano, como Jenofonte!

Su lengua cuarteada y medio carbonizada le creaba una rebaba pastosa

en el borde del labio al hablar.

-Dante... yo... -alcanzó a decir Jenna.

Sentía una fuerte zozobra de vértigo, náuseas y confusión y sólo deseaba aferrarse al vacío interior que generaba y escapar de ahí, pero una intransigente influencia le mantenía en tensión.

-¡No, calla! ¡Todo contigo es tú! Eres como una araña asquerosa. Por fuera, tu quitinoso estómago es reluciente, pero por dentro es una inmundicia. Estoy harto de vivir en tí.

Dejó de arrancarse las alas por un momento para señalar el montón en que se encontraba.

-Acércate, mira lo que has hecho de mí hija de puta... ¡Soy una quimera! ¡Ayúdame a arrancar estas responsabilidades artificiales y pegajosas!

Su porte era inusualmente regio, así como su oratoria, aún entre el halo constante de miseria.

Jenna avanzó hacia él, impelida por un resplandeciente ardor que le surgía de la espalda. Al girar el cuello para cerciorarse de la fuente de calor, pudo ver con el rabillo del ojo que tenía acoplada una ornamentada espada de fuego.

De pronto, se sintió formar parte de una red neural, como si dentro de su mente se hubiera reunido más de una mente. Las visiones de las gigantes figuras de sus sueños le vinieron claramente, mientras los miembros de su cuerpo se alargaban y le alzaban sobre Dante.

-Ahora... es cuando tú ya no hablas -se arrancó a decir Dante. En un murmullo, sin apenas mover los labios; como conteniendo un reproche doloroso-. Es cuando sólo responden tus verdaderas intenciones y razones. Vetustas, cansadas del mundo. Ahora es cuando te alzas como una penitente. Haces gala por una vez de tu identidad.

Jenna se sentía como un anciano árbol, lleno de cicatrices por dentro. El sabor a savia se le acumulaba en la boca. La súbita gravedad de su mundo interno le cortó el habla.

Ya casi no era ella, una legión de ecos le amantaba, mientras los resortes que creaban la narrativa de su vida se iban deshaciendo.

-Lleva a cabo tu sacrificio, ese que de verdad deseas y libérame de tí: esto es lo que quieres, esto es lo que eres. Purifícame, te lo ruego.

Cuando puso la espada en el dispuesto cuello de Dante, ambos se dijeron:

-*Gracias*, nunca hemos estado tan unidos.

